

«recha presentamos la izquierda.» Por último la filosofía, si alguna vez predicó el perdón del enemigo, jamás exigió que se le hiciera bien; pero el Evangelio hasta mandó que se le diese de comer y beber (1). ¡Qué bien lo entendió así el Jefe supremo del Catolicismo á principios de este siglo! Él fue una de las muchas testas coronadas que se vieron abatidas é insultadas, y la mas insultada por un ambicioso conquistador. Marcha este al destierro á una isla, y Pio VII, la víctima de Napoleon, es el único que insta al Gabinete inglés para obtener algun alivio en favor de la suerte de aquel, al mismo tiempo que concede asilo honroso en sus Estados á los miembros de su familia rechazados en todas partes! ¡Cuánto dice este hermoso hecho en favor de la causa del Catolicismo! ¡Cuánto no recomiendan al mismo la extirpacion del derecho de la Faída, esos sagaces armisticios de las pasiones rencorosas, llamadas treguas de Dios! San Ambrosio, arrancando al arrepentido Teodosio una ley suspensiva de las ejecuciones de muerte por espacio de treinta dias, expidió á la divina religion, de cuyos sentimientos era tan fiel intérprete, un grandioso título á la gratitud de la humanidad.

Feliz y dichosa seria efectivamente aquella sociedad en que todos los individuos pusiesen constantemente en práctica el olvido del mal; porque el fundamento mas sólido y mas suave á la vez de las sociedades es la íntima union, enlace y simpatía de los corazones. Á esto tiende efectivamente el Cristianismo con sus doctrinas (2), con especialidad al prescribir y premiar el perdón de las ofensas. Si no lo consigue, culpen los hombres á su propia perversidad y malicia. Él quiere que perdonemos *setenta veces siete* (3), esto es, siempre.

Pocas acciones hay que enaltezcan al hombre tanto como el perdón de las injurias por un espíritu verdaderamente cristiano. El cristiano que abraza en su pecho un profundo é interminable rencor, un deseo insaciable de venganza,

(1) Rom. XII, 20.

(2) «Nulli malum pro malo reddentes.» (Rom. XII). «Estote invicem benigni, misericordes, donantes invicem.» (Ephes. IV). «Supportantes invicem et donantes vobismetipsis si quis adversum aliquem habet querelam.» (Colos. III, 13). «Omnis injuriæ proximi ne memineris.» (Eccli. X, 6).

(3) Matth. XVIII, 22.

merece que se forme un concepto poco favorable de su dignidad y de su religion; porque en el Cristianismo hallaria, si de veras le profesara, medios muy poderosos para fortalecer y escudar su corazón contra todas las adversidades y contra todas las injusticias y calumnias de esta vida

Por otra parte, el perdón de la ofensa es el mejor castigo para el ofensor por lo que tiene de eficaz; porque este á vista de una acción tan digna y generosa conoce ruborizado la bajeza de la suya, y en presencia de un corazón tan noble y magnánimo advierte confuso y anonadado la mezquindéz y perfidia del suyo. Por eso el Apóstol al ordenar á los romanos que diesen de comer y beber á sus enemigos, añade, como ya lo habia dicho el Sábio (1): «Si así lo hicieras, carbones encendidos amontonarás sobre su cabeza (2).» Además, como observa Tertuliano, «el injuriante busca el dolor del injuriado, y cuando este no se duele, preciso es que aquel se duela de que el injuriado se haya dolido, y de verse así frustrado y burlado (3).»

Este mismo perdón y olvido de la ofensa además de dignificar al hombre, contribuye á labrar su felicidad, porque de esta manera previene y evita aquellas desazones, aquellas iras y arrebatos que martirizan al vengativo y rencoroso. «El hombre, dice el filósofo Raimundo Sabunde (4), «como obligado que está á buscarse su propia felicidad, con el mismo acto (el amor á sus enemigos) se librá de los pensamientos de venganza que le molestan, y volverá la paz á su corazón.» Esto en cuanto á la dicha individual. Y ¿cuál seria entonces la felicidad social? Sumad las dichas individuales, y veréis lo elevado de la cifra.

Si se practicara el perdón de la ofensa tan fiel y generalmente como el Evangelio desea, todos los hombres se amarían cordialmente, y reinaria una paz universal. ¡Qué in-

(1) Prov. XXV, 22.

(2) Cap. XIII, 20.

(3) «Coincidet enim ibidem irrita opera et infructuosa, et nonnumquam repercussum in eum qui emisit, reciproco impetu sæviet. Nempe deinceps quis te lædit, ut doleas, quia fructus lædentis, in dolore læsi est. Ergo cum fructum ejus everteris non dolendo, ipse doleat necesse est amissione fructus sui, tunc tu non modo illæsus abis, quod etiam solum tibi sufficit, sed insuper adversarii tui et frustratione oblectatus, et dolore defensus. Hæc est patientiæ utilitas et voluptas.» (Lib. de patientia, cap. 8).

(4) Las Criaturas, lib. III, cap. 7.

fluencia tan grandiosa ejerce este generoso perdon en el órden moral, en el social, en el civil, en el político! No: ninguna moral estrecha mas poderosamente los vínculos de la naturaleza y de la sociedad que la del Evangelio.

¿Quiere ahora alguno enterarse del modo con que la Reforma y el Filosofismo han inculcado el perdon y el olvido de las ofensas? Pues lea las predicaciones energúmenas de Lutero, de Calvino, de Muncer, etc., y allí verá al odio ciego, á la venganza, al furor sangriento, á todas las pasiones rencorosas incitando á las masas contra los poderes legítimos en vindicacion de pretendidos agravios; examine las teorías y los sistemas subversivos y sediciosos de Rousseau, de Luis Blanch, de Proudhon y de algunos falansterianos, y vea si con ellas no se ajustan, si no aplauden y santifican las venganzas mas atroces en represalias de supuestas expoliaciones y tiranías. Rousseau hablando de la ofensa privada enseña á su Emilio que, si le dan una bofetada, se vengue por sí mismo y de una manera tal, que al ofensor no le dé ganas de decir que ha insultado (1). Algo dista esto de presentar la otra mejilla.

Pero qué, ¿no les hemos visto avanzar en esto mas allá de donde llegó el Paganismo? Porque en el Paganismo aun cuando la venganza fuese reconocida por los filósofos mas sábios como un derecho natural y la autorizaran, tambien era reconocido, sin embargo, como accion digna el olvido de la ofensa, aunque no se practicase sino muy rara vez; pero á los ojos del Filosofismo moderno esta accion ha perdido toda su dignidad; y lo que es mas se ha convertido en falta de carácter, en mengua y en deshonor, y la venganza ha sido extraida otra vez del terreno de lo ilícito, y repuesta en el terreno de los derechos y de un honor mal entendido.

Á consecuencia de las corruptoras doctrinas que así han trastornado las ideas, y merced á sus maléficos efluvios que se ciernen sobre todas las ciudades de Europa, no es poco frecuente oír decir á las personas tocadas de su influencia, cuando reciben alguna ofensa, condenando con Aristóteles la clemencia y la dulzura como cobardía, y justificando la venganza (2), *que no pueden perdonar porque en ello va su*

(1) Lib. IV.

(2) *Ethic. ad Nicomach.*, lib. IV; Cic. *De officiis*, lib. I.

honor, porque el hombre ha de tener carácter, etc., haciendo de este modo consistir su dignidad en aquello mismo que constituye su envilecimiento. Pero esto se explica muy fácilmente. Como las doctrinas filosóficas de que están imbuidos han rebajado su carácter arrastrándole por tierra, le han hecho cambiar y desfigurar la idea de la elevacion y de la dignidad, ó, mejor dicho, se la han hecho trasladar de la razon y del alma al cuerpo y á las pasiones; y ya revestidas por ellos las pasiones de dignidad, es muy natural y muy lógico que al ataque de la injuria presente su honor mancillado la pasion de la venganza para condenar el perdon y justificar las represalias. Segun este modo de discurrir nada tiene de extraño que hayan avanzado hasta decir que *el perdonar las injurias es contrario á la ley natural* (1).

§ V.—QUINTA: *Consolar al triste.*

«¡Ah! el Sábio echando una ojeada sobre todo el mundo «gentílico vió las lágrimas de los inocentes y ningun consolador (2).» Y en el Eclesiástico recomendó el consuelo y la compañía de los que lloran y se lamentan (3). ¿Qué religion ha habido jamás en el mundo que ofrezca mas motivos de consuelo á los desgraciados que la cristiana-católica? ¿Qué religion ha existido jamás que mas eficazmente preste consuelos á la desgracia y al infortunio? Consuelos teóricos y consuelos prácticos, palabras y acciones, de todo está provisto con tal abundancia, que no puede imaginarse la mas mínima ni la mas rara desgracia humana para la cual no se halle el correspondiente solaz en el inagotable depósito de calmantes del Catolicismo. Parécenos ver en él un grande laboratorio, una vasta oficina de farmacia, cuyo director se ha propuesto que no falten en ella medicinas para cuantas enfermedades y dolencias puedan affigir á la humanidad. Hasta la poesía persa ha cantado el gran consuelo que de las palabras de esta Religion divina recaba el corazon del hombre affigido (4).

(1) Bayle y Tindal, citados por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, capítulo 3, art. 6.

(2) *Eccles.* IV, 1.

(3) *Cap. VII, v. 38.*

(4) *Biblioteca oriental*, artículo *Issa-Ben-Miriam*.

El Catolicismo consuela las enfermedades y los dolores con oraciones y plegarias, además de la solicitud, de la asistencia y de las medicinas que presta por su inmensa caridad. Consuela la indigencia y la pobreza, dignificándolas y elevándolas al rango de compañeras de Jesucristo, y también amparándolas y socorriéndolas con sus abundantes limosnas. Consuela las pérdidas de este mundo mostrando al que las sufre en resarcimiento ganancias eternas que promete á su resignacion. Consuela en las muertes presentándolas como una ausencia temporal, indicando con el dedo el lugar donde se trasladó la persona amada, lugar al cual puede aun continuar dirigiéndola sus plegarias y sus ruegos, y desde el cual puede aun continuar recibiendo sus favores. Y consuela, por último, en todo, dando á todo el carácter de expiacion, acompañando á todo el mérito, y volviéndolo todo como una preciosa moneda con la cual podamos comprar el consuelo, el alivio y el descanso eterno.

De esta manera ha conseguido el Catolicismo no solo consolar la desgracia, sino hacerla desaparecer á los ojos del verdadero cristiano. Ha hecho mas: ha conseguido cambiar la afliccion en alegría, y que los perfectos no hallen el consuelo sino en la tribulacion. «Donde hay mas cruz, dice el «P. Almeida (1), creo que allí ha de haber mayor dulzura, y «en donde son mayores los tormentos participados de la cruz «de Cristo, allí han de ser mas abundantes las consolaciones, «como enseña san Pablo.»

El Catolicismo con su benéfica influencia ha introducido el consuelo en todo. «En los grandes acontecimientos de la «vida, dice Chateaubriand (2), ofrecen las costumbres religiosas los consuelos á los desgraciados.» «La Religion todo «lo ha llenado de consuelos, hasta los sentimientos mas delicados, hasta el amor propio, hasta las debilidades (3).»

No es necesario detenernos á presentar los grandes efectos de la obra de misericordia objeto de este capítulo. Nadie desconoce lo sublime y lo digno de la mision del consolador, las suavísimas satisfacciones que esta mision le re-

(1) *Tesoro de paciencia.*

(2) *Genio del Cristianismo*, parte 3, lib, V, cap. 5.

(3) *Ibid.* No porque las haya dado espíritu consolador, sino porque las perdona. Muchos pasajes del poético apologista no pueden tolerarse sin explicacion.

porta, y la dulzura y la dicha que saborea el consolado en medio de su desgracia. Preguntemos, pues, á la Reforma de qué manera procura ella consolar á sus afligidos.

Pero ¿dónde está? ¡Ah! vemos que ha desaparecido desde el principio de la polémica, confusa y ruborizada temiendo ser aludida. Ella también ha consolado de palabra y de obra, pero veamos cómo. Al pobre y al menesteroso ha consolado de palabra diciéndoles que son unos seres abyectos y repugnantes, y que no pueden darles limosna porque les degradaría mas todavía; y les ha consolado de obra marcándoles con un hierro candente, cortándoles las orejas y reduciéndoles á esclavitud! Al hambriento le ha consolado arrasando las hospederías levantadas por la caridad católica; al enfermo demoliendo los hospitales; al despojado sancionando su expoliacion; al desvalido, á la viuda y al huérfano convirtiendo en presidios y cuarteles las casas de refugio y misericordia; y por último, al que llora y lamenta la muerte de una persona amada le consuela diciéndole que ya se acabó toda comunicacion con ella, y que ya no puede prestarla ningun socorro ni alivio.

Y la incredulidad, el ateísmo y demás sectas filosófico-anticristianas ¿serán mas lisonjeras para los desgraciados que la Reforma? ¿Qué incrédulo ó ateo consolará la desgracia cuando sus sistemas impíos y desapiadados no pueden interesarle en la miseria ajena, ni unirle á sus semejantes con el lazo fraternal de la caridad? ¿qué incrédulo ó ateo desgraciado podrá ser consolado cuando no cree ni espera otra vida mejor en que sea resarcido, y en que sean premiados sus padecimientos, sus infortunios y sus persecuciones? ¡Ah! estos infelices cierran las puertas de su corazón al único aire benéfico que puede reanimarle y hacerle respirar! ¡se privan voluntariamente de la alegría y de la dicha cerrando sus oídos á la palabra que se les anuncia! «La doctrina de los ateos es desoladora,» dice Rousseau (1), como si su deísmo fuese por ventura menos desolador para el pobre y para el infeliz. «¿Cómo es posible, añade (2), ser escéptico «por sistema y por convencimiento? No puedo comprenderlo. Ó no existen estos filósofos, ó son los mas desventurados de los mortales.» «Huid, le hemos oído decir aludiendo

(1) Prousen. 3.

(2) *Emilio*, profesion de fe del presbítero Saboyano.

«á los sofistas (1), y por consiguiente á sí mismo, huid de aquellos que bajo el pretexto de explicar la naturaleza siembran en los corazones de los hombres doctrinas desconsoladoras... Derribando, destruyendo, atropellando y escarneciendo todo lo que respetan los hombres, privan á los afligidos del último consuelo de sus miserias... ¡y se alaban todavía de ser los bienhechores del género humano!»

§ VI.—SEXTA: *Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.*

«Nosotros como mas fuertes debemos sufrir las enfermedades de los flacos (2).» «Soportad á los flacos, sed sufridos con todos (3): llevad los unos las cargas de los otros (4).»

¿Qué religion ha enaltecido tanto como el Cristianismo el sufrimiento y la paciencia? ¿quién ha proclamado tan alto como el Cristianismo la mútua tolerancia de los defectos de los hombres en el trato comun de la vida? ¿quién como él ha prohibido como culpa mortal la simple murmuracion? Él disimula, y dispensa al desatento con bondadosa indulgencia, sufre con el ignorante y el terco hasta arrostrar el fastidio; tolera al débil y al flaco hasta donde puede llevarse la tolerancia, esto es, hasta aquel punto en que ya no puede conciliarse con la justicia, y quiere tambien que nos toleremos mútuamente las ofensas, como ya dijimos, hasta setenta veces siete (5).

El sufrimiento de las flaquezas del prójimo es una obra de misericordia en gran manera dignificadora, como que está basada en la humildad y en la caridad, que son las virtudes mas excelsas. En la humildad, porque una de las razones que nos asisten para disimular los defectos y faltas ajenas es la persuasion de que tambien nosotros podemos cometerlas, y esta persuasion es fruto de la humildad; y en la caridad, porque para no tratar al hombre flaco con dureza ó con desprecio, sino con dulzura y bondad, es preciso amarle. Este es el Catolicismo.

(1) *Emilio*.

(2) Rom. xv, 1.

(3) «Patientes estote ad omnes.» (*I Thes. v*).

(4) «Alter alterius onera portate.» (*Galat. vi, 5*).

(5) Matth. xviii, 22 ya citado.

La mas mínima oposicion que se hiciera á los orgullosos reformadores era un crimen merecedor del fuego (1)... Pero dejemos á la consideracion del lector instruido en la historia de la Reforma y del Filosofismo la paciencia, el sufrimiento y la tolerancia que han ejercido y predicado. Dirémos solamente que habiendo destruido y hecho desaparecer de entre sus infelices prosélitos la humildad y la caridad, y reemplazádolas el orgullo y la inclemencia, con precision tuvo que desaparecer tambien la suavidad y la paciencia para dar entrada á la violencia y á la intolerancia, dado que removida la base de la humildad y de la caridad, habia de hundirse necesariamente el edificio de esta obra de misericordia que en ellas se apoya.

§ VII.—SÉPTIMA: *Rogar á Dios por vivos y muertos.*

Última obra de misericordia en el orden de las espirituales. «Y esta gracia (las obras de caridad) no la prohibas al «muerto,» decia el Sábio (2), á vista de la secta de los saduceos que por entonces se levantaba.

Siempre ha rogado el Catolicismo á Dios por los vivos y por los muertos, ordenándonos que lo hagamos así por nuestros mayores enemigos (3). Aquel doble catálogo de los fieles de la primitiva Iglesia, llamado en griego *dypticon*, en uno de los cuales se inscribia el nombre de los muertos, y formaban ambos como hoy parte del cánón de la misa, prueba contra los protestantes que las oraciones por los difuntos no son de invencion moderna. Tertuliano hace mencion expresa de las oblaciones por los difuntos en el libro *De corona militis* (4). El dogma del purgatorio, negado tambien por los protestantes, tiene en el anhelo y en la solicitud constante del Catolicismo por el eterno descanso de los muertos su mas poderoso apoyo y fundamento.

En el capítulo de la comunión de los santos hemos visto los grandes consuelos que emanan de estas recíprocas oraciones y súplicas, del hermoso comercio entre los muertos

(1) Calvino lo acreditó quemando á Miguel Servet.

(2) Eccli. vii, 37.

(3) «Et orate pro persequentibus et calumniantibus vos.» (*Matth. v, 44*).

(4) Cap. iii.

y los vivos, entre los finados y los que están finando, entre los que *fueron* y los que pronto dejarán de *ser* . No repetiremos, pues, aquí lo que ya hemos dicho en otra parte; pero sí observaremos que la Reforma, negando el dogma del purgatorio que confesaron los mismos corifeos (1), y á su modo hasta la mas remota antigüedad gentilica (2), aboliendo la misa y demás sufragios y oraciones por los difuntos, cortaron de repente esta grandiosa comunicacion, desapareciendo con ella sus dulzuras y alegrías. Así lo reconocen y confiesan ellos en secreto, como lo manifestaron á madama la princesa de York aquellos dos obispos anglicanos á quienes consultó cuando meditaba su conversion.

En cuanto á las sectas filosóficas, incrédulas y ateas, como no esperan no oran, y no orando ni esperando se privan de los inmensos consuelos de la oracion y de la esperanza.

Advierte muy bien el expositor del Catecismo, Mr. Gaume, que el dogma del purgatorio es mas social de lo que se piensa; porque la oracion por los muertos contribuye no poco á mantener la caridad entre los vivos, «y la caridad es «la garantía de todas las virtudes y la base de la paz pública (3).»

Vamos á terminar nuestro exámen analítico de las doctrinas del Catecismo católico, habiendo creido conveniente dejar para lo último el considerar al hombre como despidiéndose del mundo y entrando rápidamente en sus novísimos.

Como se ve, hemos omitido hablar en la presente obra de los misterios del Cristianismo, cuyo grandioso campo dejamos intacto; tanto porque muchos libros excelentes han presentado con toda claridad las infinitas alegrías y consuelos de su asombrosa grandeza y profundidad, cuanto porque los impíos y los incrédulos, hijos en esta parte de los socinianos y nietos de los protestantes, para quienes estos misterios *son imposturas groseras y peligrosas* (4), *ó doctrinas estrafularias propias para hacer locos y no buenos* (5), sin embargo de que ensalzan hasta las nubes los dispa-

(1) Calvin, *Institut.* lib. III, cap. 5, § 70; Lutero, *Disp. en Leipsick* 6 de julio de 1519, citado por Gaume, *Catecismo de perseverancia*; Bergier, *Diccionario*, artículo *Purgatorio*, y otros.

(2) Voltaire, *Addit. à l'Hist. génér.*

(3) *Catecismo de perseverancia.*

(4) *El militar Mésafo*, citado; *Diccionario*, artículo *Misterios*.

(5) Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

tados misterios del Paganismo (1), cuanto porque los impíos, repetimos, especialmente los obcecados, con quienes nada adelantáramos en esta materia, si por casualidad tomaran á las manos este libro, no los escarnezan con sus risas sacrilegas. *Nolumus dare sanctum canibus*. Nos reservamos, no obstante, hacerlo en otra parte (*). Aquí tampoco lo hemos necesitado para nuestro propósito.

CAPÍTULO VII.

NOVÍSIMOS Ó POSTRIMERÍAS.

Con razon podríamos acusar al Cristianismo de impotente, ó de consolador á medias para con el hombre si no hubiera podido ó no hubiera querido extraerle del corazon el terror de sus postrimerías. Si alguna vez se las recuerda (2) es porque le ama; se las pone delante para que no peque (3), y pecando se condene.

Pero el Cristianismo prepara al hombre de tal manera para manifestarle sus novísimos, que no solamente consigue que no le inspiren temor alguno, sino que se los hace desear, se los hace amar, les vuelve dulce y suave su recuerdo y su memoria. Échase de ver muy bien que Rousseau jamás se tomó la molestia de conversar con un verdadero cristiano moribundo, cuando dijo tan necia como impíamente, «que los clérigos con sus exhortaciones amilanaban el pecho y desenseñan á morir (4).» No es extraño que nunca se acercara al lecho del dolor y de la agonía; él no quería ver padecer ni morir á nadie, para *no hacerse inhumano como los médicos y los clérigos* (5). Segun esto un párroco, un agonizante, una hermana de la Caridad deben ser unos tigres. ¡Qué ocurrencias tienen nuestros sofistas! Pero ¿quién sería el inhumano si se lo preguntara al enfermo?

(1) El autor de la *Filosofía de la Historia* citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, cap. 3, art. 5.

(*) En una obra que trabajáremos, Dios mediante, con el título de *Teología social*.

(2) «Hijo, acuérdate de tus novísimos en todas tus obras.» (*Ecll.* c. VII, 40).

(3) «Y jamás pecarás.» (*Ibid.*).

(4) *Emilio*, lib. I.

(5) *Ibid.*